

La vida que ya empieza

JOSEP OTÓN

La muerte es dolor. Hierde con sus garfios a aquel que sufre el asedio de la agonía, el desconsuelo por la pérdida de un ser querido o la desazón por la caducidad de su propia existencia. Por más maravillosa que sea una vida, tarde o temprano el desenlace siempre es el mismo. Lo admitamos o no, ansiamos la inmortalidad. Pagariamos cualquier precio para que los instantes más sublimes no fueran percederos. Nos amparamos en lo intenso para olvidar la fugacidad de lo que somos. Intentamos perpetuarnos a través de iniciativas efímeras.

Ni tan siquiera prolongar nuestros días llega a ser un sucedáneo de la perennidad tan codiciada. Por largas que sean las prórrogas concedidas, no consiguen ahuyentar el temor a la muerte. Quizás, estamos demasiado aferrados a nosotros mismos. Nos sentimos el centro del mundo y nuestra desaparición parece arrastrar hacia el abismo al universo entero. Preocupados por lo nuestro, morimos a lo que nos da vida.

Tal vez, en verdad, vivir no sea blindar nuestra supervivencia, luchar para no perder lo nuestro ni a los nuestros. ¿Y si Jesús tuviera razón al plantear la paradoja “quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 16, 25)? Queremos salvarnos de la muerte, pero es precisamente al morir a este deseo y abandonar el territorio de la autocomplacencia, cuando realmente nos sentimos vivos. Al desvivirnos, al perder el tiempo por los demás, ensanchamos nuestra vida.

¿Y quién nos dice que esta experiencia tan humana se tenga que truncar con la irrupción de la muerte? ¿Y si la vida verdadera continúa? La vida que implica darse a los demás -esto es, amar- no tiene fin. *

